

está escrito que la caída sea ignominiosa como la elevación

Los favoritos que dejaron su cabeza sobre el tajo de un cadalso, fueron, sin disputa, menos mártires que D. Manuel Godoy, llevado en vergonzosa procesión, entre feroces risas y torpes dicharachos, sin morir, por que no matan los arañazos y pellizcos.



XII

Al fin entró en el cuartel la comitiva, y el populacho, azuzado sin cesar por los lacayos palaciegos, tuvo el sentimiento de no poder mostrar su heroísmo con el éxito que deseara.

Alguno de los más celosos entre tan bravos campeones salió mal herido á consecuencia de que todas las piedras lanzadas contra el ministro no seguían la dirección dada por la mano que las tiraba. Digo esto, porque en el momento en que Santurrias se encaramaba sobre los hombros de dos paludos para poder asestar un golpe certero al infeliz mártir, recibió una peladilla de arroyo sobre la ceja derecha con tanta fuerza, que el benemérito sacristán cayó al suelo sin sentido. Al punto los que más cerca estábamos, Lopito y yo, corrimos en su ayuda, y en unión de otras dos personas caritativas, llevamos aquel talego á casa, pues Santurrias vivía pared por medio con mi buen amigo Don Celestino del Malvar. Luego que éste vió entrar á su subalterno tan mal parado, cruzó las manos y dijo:

—Castigo de Dios ha sido, por las muchas blasfemias de este hombre y su abominable complicidad con los enemigos del Estado.

No es esta ocasión de demostrar cólera, sino blandura: aquí estoy yo para curarle y asistirle, pues prójimo es, aunque un grandísimo bribón. Dejadle ahí sobre una estera, que yo prepararé las bizmas y el unguento, con lo cual quedará como nuevo.

Animo, amigo Santurrias, ¿estáis encandilado todavía? ¿queréis que saque una de aquellas botellas que tanto deseáis? Tía Gila—añadió dando una llave á la mujer que la servía,—abra usted la alacena y saque al punto una de las que dicen *La Nava, seco*, para ver si con la perspectiva de ella se reanima un tantico este buen hombre. Y vosotros, chiquillos—prosiguió dirigiéndose á los cuatro hijos de Santurrias que exhalaban plañideros hipidos en torno al desmayado cuerpo de su padre,—no lloréis, que esto no es más que un rasguño alcanzado por este buen hombre en alguna disputa. No lloréis, que vuestro padre vive y estará sano dentro de una hora... Y si muriese, yo os prometo que no quedaréis huérfanos, porque aquí me tenéis á mí, que os he de amparar como un padre.

Vamos, chiquillos, aquí no servís más que de estorbo. Idos á jugar... Vaya, para que os quitéis de enmedio, os permito que toquéis un poquito las campanas, picarones... id á la torre; pero no toquéis fuerte, tocad á sermón ó á completas.

Como se levanta la bandada de pájaros sorprendida por el cazador, así volaron fuera del cuarto los cuatro muchachos, y un instante después todas las viejas del pueblo salían á sus puertas diciéndose unas á otras:

—Señora Doña Blasá, esta tarde tenemos sermón y completas. Buena falta hace, á ver si se acaban pronto esas herjías.

Santurrias, que había perdido mucha sangre, recobró algo tarde el completo uso de sus eminentes facultades, y al abrir á la luz del día sus ojos, permaneció como atontado por un buen rato, hasta que fué devuelta á su lengua el dón de la facundia.

—¡Que lo ahorquen!—dijo.—Que nos lo den; que lo echen hacia cá, y nosotros lo injusticiaremos. Despachemos primero á los guardias de á caballo y después á él... No arrempujar, señores. Darle onde le duela. Pincha tú por bajo, Agustinito, que yo con esta almendra le echo la puntería en metá la nariz. ¡Mil demonios! ¿Quién tira piedras?... ¡Muerto soy!

—No, yerba ruin: vivo estás.—dijo D. Celestino aplicándole una venda á la herida.—Mira esto que he puesto delante. Es una botella de aquellas que deseabas, borracho: tuya será cuando te pongas bueno, si prometes no decir disparates.

Después nos preguntó que en qué refriega había acontecido tan funesto percance, y Lopito y yo, cada cual con distinta manera y estilo, le contestamos lo que había sucedido: el encuentro del Príncipe, su prisión, y su suplicio por las calles del pueblo.

—Corro allá, voy al instante—exclamó fuera de sí D. Celestino.—Es mi bienhechor, mi amigo, mi paisano y aun creo que pariente. ¿Cómo he de desampararle en su desventura?

Quisimos disuadirle de tan peligroso intento; pero él no reparaba en obstáculos ni menos en el riesgo que corría, y haciendo pública ostentación de sus sentimientos humanitarios en favor del desgraciado valido. Nada le convenía, y después que dejó á Santurrias muy bien vendado, y ya algo repuesto de su malestar, tomó el manto, vistiose á toda prisa y fué en dirección del cuartel.

—No se exponga usted—le decía yo por el camino.—Mire que son unos bárbaros, y en cuanto usted demuestre que es amigo del Príncipe, no respetarán ni sus canas, ni su traje.

—¡Que me maten!—contestó.—Quiero ver al Príncipe... Cuando me acuerdo de lo que me quería ese buen señor... ¡Ah! Gabrielillo: lo que está pasando es espantoso y clama al cielo. Pase que algunos estén descontentos

de su gobierno; pase que le tengan otros por mal ministro, aunque yo creo que es el mejor que hemos tenido desde hace mucho tiempo; se puede perdonar que sus enemigos le quieran derribar y le insulten; se comprende que di. hos enemigos, en un momento de coraje, le prendan, le arrastren, le ahorquen; pero, hijo, que esto lo hagan los mismos á quienes ha favorecido tanto, los que sacó de la miseria, los que de furrieles trocó él en capitanes, y de covachuelos en ministros, los que han vivido á su arrimo, y han comido sobre sus manteles, y le han adulado en verso y en prosa... ¡ah! esto no tiene perdón de Dios, y menos si se considera que se han valido para esto de los mismos lacayos, cocineros y criados de los infantes... Hijo mío, me parece que veó la corona de España paseada por los patanes y los majos en la punta de sus innobles garrotes.

Llegamos al cuartel, cuya puerta estaba bloqueada por el populacho; D. Celestino se abrió paso difícilmente. Algunos preguntaron con sorna: «¿A dónde va el padrito?» y él, dando codazos á diestra y siniestra, repetía:—«Quiero ver á ese desgraciado, mi amigo y bienhechor.»

Muy mal recibidas fueron estas palabras; pero al fin más que la exaltada pasión, pudo el tradicional respeto que al pueblo español infundian los sacerdotes.

—Hijos míos—les decía—sed caritativos; no seáis crueles ni aún con vuestros enemigos.

La turba se amansó, y D. Celestino pudo abrirse calle por entre dos filas de garrotes, navajas, escopetas, sables y puños vigorosos que se apartaban para darle paso. Yo estaba muy rustado viéndole entre aquella gente, y mi viva inquietud no se calmó hasta que le consideré sano y salvo dentro del cuartel.

Y los cuatro hijos de Santurrias seguían tocando á sermón y completas, y la iglesia se llenaba de viejas que al tomar agua bendita se saludaban diciendo:—«Creo que aún no ha concluido todo, y que tendremos esta tarde otra jaranita.» Y el segundo acólito, creyendo que la cosa iba de

veras, encendió el altar y preparó las ropas, y abrió los libros santos. Y dieron las tres, las tres y media, las cuatro, las cuatro y media y el cura no parecía, y las viejas se impacientaban, y el segundo acólito se volvía loco, y los cuatro hijos de Santurrias seguían tocando.

Y yo fui también á la iglesia, y sentado en un banco reflexioné detenidamente sobre la inestabilidad de las glorias humanas, hasta que al fin, observando que la impaciencia de las viejas llegaba á su último extremo y que empezaban á entablar diálogos pintorescos para matar el fastidio, salí en busca de mi amigo. Encontrele muy á punto en el momento en que regresaba del cuartel. Su rostro era cada- vérico: su habla trémula.

—¡Ah Gabriel!—me dijo—Vengo traspasado de dolor. Allí sobre unas fétidas pajas, cubierto de sangre y pidiendo á voces la muerte, está el que ayer gobernaba dos mundos. Ni un alma compasiva se acerca á darle consuelo. Ayer cien mil soldados le obedecían, y hoy hasta los furrieles se rien de su miseria. No creí que todo se pudiera perder tan pronto; pero ¡ay, hijo! el hombre es así. Gusta mucho de las caídas, y el día en que un poderoso de la tierra viene al suelo, siempre es un día feliz.

—Sosiéguese usted—le dije.—Usted no recordará que mandó tocar á sermón y á completas. La iglesia está llena de gente. No hay más remedio sino subir al púlpito.

—Hablé con él—prosiguió sin hacerme caso.—El corazón se me parte recordándolo.

Desde anteanoche hasta esta mañana estuvo en un saco de esteras, muerto de hambre y de sed. La horrorosa calentura le devoraba de tal modo, que prefirió la muerte. Por eso salió el infeliz. ¡Pobre amigo mío! Yo le dije: «Señor, si cada uno de los que han recibido un beneficio de Vuestra Alteza, le hubiera echado una gota de agua en la boca, su sed se habría apagado.» El me miró con expresión de agradecimiento, y no dijo nada, pero á mí se me cafan las lágrimas. Todo esto ha sido obra del Príncipe de Astu-

rias y de sus amigos. Bien claro se ve. Cuando el Príncipe fué de orden de su padre á calmar al pueblo para que no despedazara al infeliz prisionero, los amotinados le aclamaban y obedecían. Y esto no ha de parar aquí. Ellos quieren la abdicación del Rey; y viendo que esto no es fácil de conseguir, tratan de irritar más al populacho para que Don Carlos coja miedo y suelte la corona. Ahora pusieron en la puerta del cuartel un coche de colleras, con lo cual ese bestia de pueblo creyó que el preso iba á ser puesto en salvo de orden del Rey. ¡Qué fácilmente se engaña á esos desgraciados! El ardíd salió bien, porque la turba destrozó el carruaje, y despues ha corrido hacia Palacio dando vivas á Fernando VII.

—Ya me explicará usted detenidamente—repuse.—Ahora prepárese usted para ir á la iglesia, donde le aguarda una multitud de respetables señoras.

—¿Qué dices? Si no hay sermón esta tarde....

—Usted mandó á los cuatro muchachos que tocan á....

—¡Es verdad, qué inadvertencia!—dijo muy confundido.—Y están allí esas buenas señoras, Doña Robustiana, Doña Gumersinda, Doña Nicolása la del escribano. ¡Oh! ¿Qué dirá Nicolása si no predico?

—Es preciso que usted haga un esfuerzo.

—Si no tengo ideas, si no sé qué decir. No puedo apartar mi mente del espectáculo que he visto. ¡Ah! ¡Cuánto me quería! Si vieras cómo me apretó la mano! Yo lloraba á moco y baba. Si á él se lo debo todo. El fué mi amparo, él me dió este beneficio á los catorce años de haberlo pedido, en seguida, como quien dice. Y lo mejor es que sin merecimientos por parte mía.... No, no puedo predicar... estoy atontado.... Esos endiablados muchachos todavía no cesan de tocar á sermón.... ¡Oh! tendré que hacer un esfuerzo.

Don Celestino, comprendiendo, la necesidad de no desairar á sus feligreses, entró en su iglesia y oró un poco, recogiendo su espíritu. Despues subió al púlpito y predicó un sermón sobre la ingratitude.

Todas las viejas lloraron.

XIII

Ya era de noche cuando me avisaron que á las diez salía un coche para Madrid. Resolví partir, y para hacer tiempo hasta que llegase la hora de la marcha, fui á la taberna. Como en los días anteriores, el gentío era inmenso, los trajes pintorescos y variados, las voces animadas (aunque ya enronquecidas por el patriotismo), los gestos elocuentes, los pellizcos propinados á Mariminguilla infinitos, el vino más aguado que el día anterior, pues por algo disfruta Aranjuez el beneficio de dos copiosos ríos.

Lopito y Cuarta y Media me convidaron á beber con demostraciones de entusiasmo, y el primero de aquellos consecuentes hombres políticos me dijo:

—Hoy sí que nos hemos lucido, Gabrielillo. Aquí me está diciendo el Sr. Cuarta y Media que esta noche ponen al Príncipe de Asturias, de modo que hemos de ir á darle vivas al balcón.

Pujitos distrajo mi atención, hablándome de que pensaba organizar una compañía de buenos españoles que desfilaran por delante de palacio en marcial formación como la tropa, con el objeto de hacer ver á los Reyes que el pueblo sabe dar media vuelta á la izquierda como el ejército. ¡Qué predestinación! ¡Qué genio! ¡Qué mirada al porvenir!

Yo contesté á Pujitos, excusándome de formar parte de tan brillante escuadrón, por serme indispensable marchar del Sitio aquella misma noche.

Había oscurecido. Mariminguilla colgó el candil de cuatro mecheros para la completa aunque pálida iluminación de la escena, y aún me encontraba yo allí cuando llegó la feliz, la anhelada noticia. Algunos entraron diciéndolo, y no se les dió crédito: otros salieron á averiguarlo y tornaron al poco rato confirmando tan fausto suceso: y por fin un grupo, el más bullicioso, el más maleante, el más entrometido de todos los grupos de aquellos días, la comarsa de los cocineros vestidos de patanes manchegos, y de pinches convertidos en majos, entró anunciando con patadas, manoplazos, berridos y coces, que la corona de España había pasado de las sienas del padre á las del hijo. No dejaban de tener razón al entusiasmarse aquellos angelitos, porque en apariencia ellos lo habían hecho todo.

Comunicada por tan brillante pléyade la noticia, no podía menos de ser cierta, y en prueba de que los *patres conscripti* la creyeron, allí estaban los mil cascos de los vasos rotos en el momento en que se convencieron del cambio de Monarca. También Mariminguilla tenía en sus brazos señales evidentes del alborozo Fernandista, pues se redoblaron los pellizcos. La multitud, espoleada por Pujitos, partió á los alrededores de Palacio á pedir que saliese el nuevo Rey para vitorearle, y la taberna quedó desocupada en dos minutos. Pueblo y soldados, mujeres y chiquillos, todos se unieron al alegre escuadrón: su paso era marcha y baile y carrera á un mismo tiempo, y su alarido de gozo me habría aterrado si hubiese yo sido el Príncipe en cuyo loor entonaban himno tan discordante las gargantas humedecidas por el fraudulento vino del tío Malayerba.

No quise ver ni oír más aquello, y fui á despedirme del incomparable D. Celestino, á quien hallé en el cuarto de Santurrias, ocupado aún en bizmarle y curar sus heridas. Luego que puso fin á esta operación, se ocupó en acos-

tar á los cuatro muchachos campaneros, los cuales, fatigados de la batahola de aquel día, yacían medio dormidos en el suelo. Era preciso desnudarlos como á cuerpos muertos, y al mismo tiempo hacerles comer las sopas de ajo que la tía Gila había traído en una gran cazuela. D. Celestino, teniendo sobre sus rodillas al más pequeño de aquellos diablillos, le acercaba la cuchara á la boca, esforzándose en introducirla por entre los apretados dientes. Después, procurando despabilarle, decía:

—Vamos ahora á rezar todos el Padre Nuestro. Si vic-ras, Gabrielillo—añadió dirigiéndose á mí,—¿cómo me han mortificado estos cuatro enemigos! Uno me ponía rabos de papel en la sotana; otro tendía una cuerda desde la cama á a mesa para que al pasar me enredara las piernas y cayese al suelo; otro calentó la llave de la alacena y me abrasé los dedos cuando fui á abrir; y por último, con mi sombrero hicieron un muñeco que decían era el Príncipe de la Paz, y después de arrastrarle por el patio, iban á meterle en el fogón para quemarlo. Afortunadamente, la tía Gila acudió á tiempo. ¡Pero qué han de hacer, si ya no hay autoridad, ni se obedece á los superiores! Me parece que ahora van á venir tiempos muy calamitosos. Si cada vez que se les antoje quitar á un ministro salen gritando los cocheros de los príncipes con unas cuantas docenas de labriegos y soldados de la guarnición, de antemano seducidos, vamos á estar con el alma en un hilo. Gabriel, aquí para entre los dos, ¿no es indecoroso y humillante, é indigno que un Príncipe de Asturias arranque la corona de las sienas de su padre, amedrentándole con los ladridos de torpes lacayos, de ignorantes patanes, de barberos chisperos y de una soldadesca estúpida y sobornada? ¡Ah! Si yo no fuera un hombre corto de genio, y lo hubiera tenido para decirle al Príncipe de la Paz lo que se fraguaba; si él siguiendo mis consejos, hubiera puesto á la sombra á tres ó cuatro picaros como Santurrias y otros..... Porque créelo, hijo, este borrachón es, según me han dicho, el que ha embaucado á

medio pueblo para hacerle tomar parte en el alboroto..... por supuesto, que ha corrido dinero de largo. Yo de buena gana castigaría á este hombre execrable, á este pérfido sacristán; ¿pero cómo he de dejar sin pan á un viudo con cuatro hijos? Ya ves: se me parte el corazón al considerar que estos angelitos andarán por las calles pidiendo una limosna..... Lo que antes te he dicho es cierto..... El vulgo, esa turba que pide las cosas sin saber lo que pide, y grita viva, esto viva lo otro, si haber estudiado la cartilla, es una calamidad de las naciones, y yo á ser rey, haría siempre lo contrario de lo que el vulgo quiere. La mejor cosa hecha por el vulgo resulta mala. Por eso repito yo siempre con el gran latino: *Odi profanum vulgus et arceo..... et arceo*, y lo aparto..... *et arceo*, y lo echo lejos de mí..... *et arceo*, y no quiero nada con él.

Concluida esta filípica, me abrazó deseándome mil felicidades, y haciéndome jurar que le enteraría puntualmente de la situación de Inés. Salí al fin de su casa y del pueblo, y cuando el coche que me conducía pasó por la plaza de San Antonio, sentí la algazara del pueblo agolpado delante del Palacio. Sus gritos formaban un clamor estrepitoso que hacía enmudecer de estupor á las ranas de los estanques y asustaba á los grillos, pues unas y otros desconocían aquella monstruosidad sonora que tan de improviso les había quitado la palabra.

El pueblo vitoreaba al nuevo Rey: el plan concebido en las antecámaras de Palacio había sido puesto en ejecución, con el éxito más lisonjero. Todo estaba hecho, y los cortesanos que desde los balcones contemplaban con desprecio el entusiasmo de la fiera, tan brutal en su odio como en su alegría; no cabían en sí de satisfacción, creyendo haber realizado un gran prodigio. En su ignorancia y necedad no se les alcanzaba que habían envilecido el trono, haciendo creer á Napoleón que una nación donde principes y reyes jugaban la corona á cara y cruz sobre la capa rota del populacho, no podía ser inexpugnable.

Hasta que nuestro coche no se internó mucho por la calle Larga no dejamos de oír los gritos.

Aquel fué el primer motín que he presenciado en mi vida, y á pesar de mis pocos años entonces, tengo la satisfacción de no haber simpatizado con él. Después he visto muchos, casi todos puestos en ejecución con los mismos elementos que aquel famosísimo, primera página del libro de nuestros trastornos contemporáneos; y es preciso confesar que sin estos divertimientos periódicos, que cuestan mucha sangre y mucho dinero, la historia moderna de la heroica España sería esencialmente fastidiosa.

Pasan años y más años: las revoluciones se suceden, hechas en comandita por los grandes hombres, y por el vulgo, sin que todo lo demás que existe en medio de estas dos extremidades se tome el trabajo de hacer sentir su existencia. Así lo digo yo hoy, á los ochenta y dos años de mi edad, á varios amigos que nos reunimos en el café de Pombo, y oigo con satisfacción que ellos piensan lo mismo que yo. D. Antero, progresista blindado, cuenta la picardía de O'Donnell el 56; D. Buenaventura Luchana, progresista fósil, hace depender todos los males de España de la caída de Espartero el 43; D. Aniceto Burguillos, que fué de la Guardia Real en tiempo de María Cristina, se lamenta de la caída del Estatuto. Reúnense junto á nuestra mesa algunos jóvenes estudiantes, varios capitanes y tenientes de infantería, y no pocos parásitos de esos que pueblan los cafés, probándonos que son tan pesados de pretendientes como de cesantes. Todos nos ruegan que les contemos algo de las felicidades pasadas para edificación de la edad presente, y sin hacerse de rogar cuenta D. Antero la del 56; D. Buenaventura se conmueve un poco y relata la del 43; D. Aniceto da doce puñetazos sobre la mesa, mientras narra la del 36; y yo mojando un terroncito de azúcar y chupándomelo después, les digo con este tonillo zumbón que no puedo remediar: «Ustedes han visto muchas cosas buenas; ustedes han visto la de los grandes militares; la de los grandes civiles y la de los sargentos; pero no han visto la de los lacayos y cocheros, que fué la primera, la primerita y sin disputa la más salada de todas.»

XIV

Me siento fatigado; pero es preciso seguir contando. Ustedes están impacientes por saber de Inés: lo conozco, y justo es que no la olvidemos.

Llegué, pues, á Madrid muy temprano, y después de haber acomodado mi equipaje en la casa que tenía el honor de albergarme (calle de San José número 12, frente al Parque de Monteleón), me arreglé y salí á la calle resuelto á visitar á Inés en la casa de sus tíos. Mas por el camino ocurriome que no debía presentarme en casa de tales señores sin informarme primero de su verdadera condición y carácter. Por fortuna, yo conocía un maestro guarnicionero instalado en la calle de la Zapatería del Viejo, muy contigua á la de la Sal, y resolví dirigirme á él para pedir informes del Sr. Requejo.

Cuando entré por la calle de Postas, mi emoción era violentísima, y cuando vi la casa en que moraba Inés, me flaqueaban las piernas, porque toda la vida se me fué de improviso al corazón. La tienda de los Requejos estaba en la calle de la Sal, esquina á la de Postas, con dos puertas, una en cada calle. En la muestra, verde, se leía: *Mauro Requero*, inscripción pintada con letras amarillas; y de ambos lados de la entrada, así como del andrajoso toldo, pendían piezas

de tela, fajas de lana, medias de lo mismo, pañuelos de diversos tamaños y colores. Como la puerta no tenía vidrieras, dirigí con disimulo una mirada al interior, y vi varias mujeres á quienes mostraba telas un hombre amarillo y flaco, que era de seguro el mancebo de la lonja. En el fondo de la tienda había un San Antonio, patrón sin duda de aquel comercio, con dos velas apagadas, y á la derecha mano del mostrador una como balastrada de madera, algo semejante á una reja, detrás de la cual estaba un hombre en mangas de camisa, y que parecía hacer cuentas en un libro. Era Requejo: visto al través de los barrotes, parecía un oso en su jaula.

Aparteme de la puerta, y alzando la vista observé otra muestra colocada en la ventana del entresuelo, la cual decía: *Préstamos sobre alhajas*. En la ventanilla donde campeaba tan consolador llamamiento, no había flores, ni jaulas de pájaros, sino una multitud de capas, que respiraban higiénicamente el aire matutino por entre los agujeros de sus remedios y sus apolilladuras. Tras los vidrios pendía una mugrienta cortineja. Observé que una mano apartó la cortina; vi la mano, luego un brazo y después una cara. ¡Dios mío! Era Inés. Yo la vi y ella me vió. Pareciome que sus ojos expresaban no sé si terror ó alegría. Aquel rayo de luz duró un segundo. Cayó la cortinilla y ya no la vi más.

Esto avivó en mí el deseo de entrar. ¿Cómo podían encontrarse en aquella vivienda las comodidades, los lujos, las riquezas que ponderaban los Requejos en su visita inolvidable? Para salir de dudas, doblé la esquina, y moli á preguntas al guarnicionero.

—Ese Requejo—me dijo,—es el bicho de peores trazas que ha venido al mundo. Está rico; pero ya se ve... en casa donde se come, ¿no ha de haber dinero? Porque has de saber que en el barrio corre la voz de que él se alimenta con las carnes de su hermana, y su hermana con las del mancebo, que por eso está como una vela. ¡Y cuidado si tienen

dinero esas dos ratas! . . . Con la tienda y la casa de préstamos, se han puesto las botas. Verdad es que por las prendas de vestir no dan más que la cuarta parte de su valor con interés de dos pesetas en duro por cada mes. Cuando toman sábanas finas y vajillas dan una onza, con interés de cuatro duros al mes. En la tienda dan al fiado á los vendedores que van por los pueblos; pero les cobran cuatro pesetas y media por cada duro que venden. Dicen que cuando D^a Restituta entra en la iglesia, roba los cabos de vela para alumbrarse de noche, y cuando va á la plaza, que es cada tercer día, compra una cabeza de carnero y sebo del mismo animal, con lo cual pringa la olla, y con esto y legumbres van viviendo. Una vez al año van á la botillería, y allí piden dos cafés. Beben un poquito, y lo demás lo hecha ella en un cantarillo que deja escondido bajo las faldas, cuyo café traen á casa, y echándole agua lo alargan hasta ocho días. Lo mismo hacen con el chocolate. D. Mauro es vanidoso y gastaría algo más si su hermana no le tuviera en un puño, como quien dice. Ella tiene las llaves de todo, y no sale nunca de casa, por miedo á que les roben; y la casa es boecado apetitoso para los ladrones, porque se dice que en el sótano está la caja del dinero.

Estas noticias confirmaron la opinión que acerca de los tíos de Inés había ya formado. La primera pena que sentí al oír el panegírico de los dos personajes, consistió en la certidumbre de que me sería muy difícil introducirme y menos trabar amistad con sus dueños. En esto pensaba tristemente cuando vino á mi memoria un anuncio que varias veces había compuesto en la imprenta del *Diario*, el cual decía así: «Se necesita un mozo de diecisiete á dieciocho años, que sepa de cuentas, afeitarse, algo de peinar, aunque sólo sea de hombre, y guisar si se ofreciere. El que tenga estas partes y además buenos informes, dirijase á la calle de la Sal, esquina á la de Postas, frente á los peñeros, lonja de lencería y pañolería de D. Mauro Requexo; donde se tratará del salario y demás.»

Corrí á la imprenta del *Diario* á ver si aún se insertaba aquel anuncio, y tuve el gusto de saber que los Requejos no habían encontrado quien les sirviera. Abandoné mi profesión de cajista, y sin consultarlo con nadie, pues nadie me hubiera comprendido, presenteme en la casa de la calle de la Sal, declarándome poseedor de las cualidades consignadas en el anuncio.

Mi único temor consistía en que los Requejos recordasen haberme visto en Aranjuez, con lo cual recelarían de tomarme á su servicio; pero Dios, que sin duda protegía mi buena obra, permitió que ni uno ni otro me reconocieran, y si D^a Restituta me miró al pronto con cierta expresión sospechosa y como diciendo: «yo he visto esta cara en alguna parte,» fué sin duda un fugaz pensamiento que no la decidió á poner obstáculos á mi admisión.

Cuando entré en la tienda, la primera persona á quien expuse mis pretensiones fué á D. Mauro, el cual, dejando un rancio librote donde escribía torcidos números, se rascó los codos y me dijo:

--Veremos si sirves para el caso. De un mes acá han venido más de cincuenta; pero piden mucho dinero. Como ahora quieren todos ser señoritos.....

Llamada por su hermano, presentose D^a Restituta, y entonces fué cuando me miró como más arriba he dicho.

—¿Tú sabes—me preguntó la tía de Inés,—lo que damos aquí al mozo? Pues damos la *mantención* y doce reales al mes. En otras partes dan mucho menos, si señor, pues en casa de Cobos, después de matarlos de hambre, danles ocho reales, y gracias. Con que muchacho, ¿te quedas?

Yo fingí que me parecía poco, hasta intenté regatear para que no se descubriera mi propósito, y al fin dije que, hallándome sin acomodo, aceptaba lo que me ofrecían. En cuanto á los informes que me exigieron, fácil me fué conseguir la merced de una recomendación del regente del *Diario*.

--Doce reales al mes y la *mantención*—repitió doña Res-

tituta, creyendo sin duda, vista mi conformidad, que había ofrecido demasiado.—La *mantención*, sí, que es lo principal.

¡Ay! El lector no conoce aún todo el sarcasmo que allí encerraba la palabra *mantención*.

—Por supuesto—dijo Requejo,—que aquí se viene á trabajar. Veremos si sabes tú de todos los menesteres que se necesitan. Y aquí hay que andar derecho, si señor: porque si no . . . Mirame á mi; yo era un *jambrea* lo mismo que tú, y en fin . . . con mi honradez y mi . . .

—La economía es lo principal—añadió la hermana.—Gabriel, coge la escoba y barre todo el almacén interior. Después irás á llevar estos fardos á la posada de la calle del Carnero; luego copiarás las cuentas; más tarde lavarás la loza de la cocina antes de mondar las patatas, y así te quedará tiempo para apalear las capas, encender el fuego y soplarlo, devanar el hilo de la costura, poner los números á las papeletas, aviar la lamparilla, limpiar el polvo, dar lustre á los zapatos de mi hermano y de todo lo demás que se vaya ofreciendo.



XV.

Al punto empecé las indicadas operaciones, cuidando de poner en el día todo el celo posible para contentar á mis generosas patrones. Debo ante todo dar á conocer la casa en que me encontraba. La tienda sin dejar de ser pequeñísima, era lo más espacioso y claro de aquella triste morada, uno de los muchos escondrijos en que realizaba sus operaciones el comercio de Madrid antiguo. La trastienda era almacén y al mismo tiempo comedor, los fardos de pañuelos y lanas servían de aparador á la cacharrería, cuyo brillo se empañaba diariamente con repetidas capas de polvo. Todos los artículos del comercio estaban allí reunidos y hacinados con cierto orden. Los Requejos vendían telas de lana y algodones, á saber: pañuelos del Bearn, género muy común entonces, percales ingleses, que desafiaban en la frontera portuguesa las aduanas del bloqueo continental, artículos de lana de las fábricas de Béjar y Segovia, algunas sederías de Talavera y Toledo; y por último, viendo D. Mauro que sus negocios marchaban á pedir de boca, se metió en los mares de la perfumería, artículo eminentemente lucrativo. Así es que, además de los generos citados, había en la trastienda multitud de cajas que encerra-